

NORBERTO RUIZ LIMA, *LAS MAREAS NO SUELEN EQUIVOCARSE*, MAJADAHONDA (MADRID), EDICIONES RUSER, 2019, 220 pp.

JOSÉ MARÍA BALCELLS DOMÉNECH
Universidad de León

Resulta una obviedad afirmar que son numerosísimas las perspectivas desde las que puede enfocarse la confrontación *guerracivilista* española que explotó en julio de 1936 tras un alzamiento armado. Norberto Ruiz Lima ejemplifica en *Las mareas no suelen equivocarse* que la suya es una de entre tantas posibles, dado que la más inmediata posguerra constituye el marco histórico del relato, aportando su localidad natal, la gaditana Sanlúcar de Barrameda, el ambiente geográfico, paisajístico y urbano donde se desarrollan los acontecimientos relatados en tan inquietantes páginas. No pocos de esos sucesos fueron propios de un clima turbio de ajustes de cuentas debido a animadversiones por odios políticos larvados entre vecinos y conocidos y que por parte de los partidarios de Franco tuvieron campo propicio con el régimen recién instaurado.

Militar de profesión, y con experiencia periodística y literaria contrastada, pues tiene en su haber varias novelas

y libros de relatos bien dignos, el autor ha logrado confeccionar una narración de alto voltaje que participa del género policíaco. La obra está estructurada y se desarrolla en veintitrés capítulos, cada uno con su correspondiente número y titulación. Varios de ellos mencionan ambientes y lugares sanluqueños, no sin acaso la novela transcurre enteramente en la localidad y sus alrededores, haciéndose referencia expresa de zonas urbanas, calles, plazas como la del Cabildo, edificios civiles como el del Ayuntamiento, religiosos (iglesias y conventos) y militares como la Comandancia de Marina o el cuartel de Carabineros del Barrio Alto, el castillo de Santiago, la plaza de toros, las bodegas locales, el río, y por supuesto Doñana.

El coto en esta novela dista de funcionar como paraje microclimático idílico de dunas, de pinares, y de fauna autóctona y de paso de alto interés ecológico, y con su laguna de los Guzmanes, en suma como un *locus amoenus* literario, sino como

casi un *locus horridus* a causa de lo que ahí sucede. En efecto, el coto se erige en uno de los enclaves más relevantes del relato, porque en él se esconde el protagonista para cometer sus *demediaciones* de cuerpos de personas de izquierdas previamente ejecutadas.

Los capítulos difieren respecto al modo de escritura. En los pares habla siempre el protagonista, y lo hace en primera persona, habiendo utilizado Norberto Ruiz Lima al respecto el artilugio narratológico del monólogo interior. En cambio, cuando habla quien tiene la voz narrativa en los capítulos impares, se usa la técnica del narrador omnisciente, y no solo omnisciente, sino entrometido incluso en la narración al dar a conocer su propio pensamiento. Entonces domina la tercera persona del discurso, es obvio, pero asimismo la primera en los diálogos, la inmensa mayoría incrustados en el texto sin el previo aviso de un guion introductorio. Las veces en las que esos diálogos en estilo directo, y que se introducen de súbito, van precedidos por lo que técnicamente suele denominarse *verba dicendi*, son muy contadas. El abundante empleo de las intervenciones orales de los personajes dota a la novela de una impregnación considerable de lenguaje coloquial.

Ocurre en la obra que un individuo de profesión tonelero, llamado José Ruiz, y exmilitante de Izquierda Republicana, estuvo viviendo como topo en una buhardilla sin ventilación de su propia casa durante la guerra y al final del conflicto armado opta por salir del escondrijo y ocultarse en la marisma, dentro de tres toneles interconectados hechos al efecto por él mismo y sumergidos bajo el Guadalquivir. Desde ese refugio tan insólito, y

que se ha forjado por su gran maña como tonelero, decide hacerse con varios cadáveres recientemente ejecutados, los saca de la fosa común cercana a la Varenada donde yacen, los parte por el medio con un serrucho, los entierra en dos mitades, y los abandona en la orilla fluvial del coto, en la llamada la Otra Banda, uno tras otro, pero dosificando calculadoramente los días de hacerlo, a fin de sobrecoger y aterrorizar a la población sanluqueña.

Estas acciones las hace por venganza, y tienen un móvil también político y simbólico, pues a su hermano lo demediaron soldados de las tropas africanas que seguían a Franco, y con las partes demediadas de los cuerpos envía mensajes en clave de lectura de derechas e izquierdas. No tiene esa misma clave, en cambio, una única bipartición que lleva a cabo otra persona, una mujer, en las fases postreras de la novela. El hilo conductor del relato, y es lo que lo convierte en policíaco, se asienta en las conjeturas y pesquisas para dar con la autoría de tales *demediaciones* corporales, la segunda claramente criminosa, pues el sujeto que fue partido en dos no estaba muerto previamente, lo que sirve para plantear la problemática de naturaleza penal de demediar sin haber matado o demediar después de haberlo hecho.

Ya anticipé que el rol protagónico de *Las mareas no suelen equivocarse* lo tiene el tonelero *demediador*. Otro papel preponderante lo representa un médico que se había instalado en Sanlúcar de Barrameda desde 1927, y que ejerce también como forense en esa ciudad, realizando sus necropsias en la fábrica de hielo de Bajo de Guía. Los dos apellidos del doctor, Prim y Vausell, dan fe de su origen catalán, pero había huido de su tierra porque allí se le

había tachado de fascista sin más ni más, según se estilaba entonces, y en ocasiones ahora, aunque también le partieron la cara en Sanlúcar tildándole de rojo. Quería ir a América del Sur comenzando su ruta desde Sanlúcar, pero al final se quedó en la ciudad.

Son numerosos los sujetos masculinos que salen aquí y allá en la novela, entre hombres de uniforme y fuerzas vivas locales, y prescindo de referirlos para no alargarme. Personajes de mujer importantes en *Las mareas no suelen equivocarse* son Micaela, esposa del *demediador*, madre de sus tres hijos y que tiene que buscarse la vida como puede para mal mantenerlos; la *madame* Sinclair, que regenta un prostíbulo frecuentado por muchos lugareños de Sanlúcar y por mujeres que se valen de ese sitio para sus encuentros con clientes fijos o bien ocasionales; y Juana López, autora de una *demediación* que se adjudica a José Ruiz para que ese caso quede cerrado sin ir más allá en las pesquisas. Perso-

najes de muy escasa relevancia como tales, pues solo son aludidos, pero resultan curiosos por el guiño a los heterónimos de Fernando Pessoa que su nombre comporta, son los denominados Alberto Caeiro y Ricardo Reis, conocido este último del doctor Prim y Vausell cuando estuvo en Lisboa.

Esta novela de Ruiz Lima es una buena novela y acredita la progresiva maestría que va logrando el escritor sanluqueño, que ha sabido captar el interés de sus lectores desde el principio (comienza con el hallazgo de un cadáver partido por la mitad). Ha sabido mantenerlo a lo largo del relato con la laboriosa y anecdótica identificación de los cadáveres. Y ha sabido acrecentarlo a medida que la trama se acerca a su terminación. En esta fase ulterior destacan las páginas donde se cuenta el asedio por medio de perros al que es sometido el protagonista y la sensación de angustia con que lo vivió antes de ser atrapado y abatido.